



Homilía de Mons. Fernando Chomali Garib, arzobispo de Santiago, en la eucaristía de celebración del 23° aniversario de la pascua del Siervo de Dios, Esteban Gumucio Vives, ss.cc.

Parroquia San Pedro y San Pablo, La Granja, domingo 5 de mayo de 2021.

(Transcripción de www.estebangumucio.org)

Hermanos y hermanas, quisiera agradecer de corazón la invitación que me han hecho para celebrar los 23 años de la Pascua del Padre Esteban.

Les contaba en la sacristía, a los sacerdotes y diáconos, que llegué justo a la hora porque me perdí. Llegué a la capilla que hay aquí como a dos kilómetros. Les contaba que me pasaba eso porque yo soy muy volado, me pierdo en todas partes y pierdo las cosas. De hecho, me avisaron en la sacristía que había dejado la ventana del auto abierta. Pero pasa algo maravilloso que los sacerdotes me dijeron que el Padre Esteban era igual o peor. En eso, por lo menos, me parezco a él.

Cuando me invitaron a esta santa misa me acordé de los tiempos de la Pastoral Universitaria, donde siendo yo vicario, el año 95, organizábamos retiros, seminarios, conferencias y con los jóvenes veíamos a quién invitar y siempre aparecía el nombre del Padre Esteban.

De hecho, fue muchas veces a visitarnos en esa casa que teníamos en calle Moneda. Y le preguntaba a los jóvenes de entonces por qué aparecía tanto su nombre. Y me decían, jóvenes universitarios, entusiastas, llenos de vida, que el Padre Esteban es un santo. ¡Es un santo! decían. Y yo preguntaba que por qué era un santo, qué veían en él. Decir 'santo' es una palabra muy potente. Que alguien diga de uno que es un santo es una cosa muy potente. Y me respondieron: ¿sabe? El Padre Esteban es un hombre sereno. Y hoy día lo que más necesitamos es serenidad. Frente a una vida frenética: la serenidad, que es una virtud muy importante, porque en definitiva es poner la vida en las manos de Dios. El hombre sereno pone la vida, su vida en las manos de Dios. Y ese era el padre Esteban Gumucio.

Después decían que era un hombre sabio. Hoy día tenemos mucha información, bastante conocimiento, pero tenemos muy poca sabiduría. Y estos jóvenes que

estudiaban en la universidad se daban cuenta que en ella les enseñaban muchas cosas, pero les faltaba sabiduría y realmente la encontraban en P. Esteban.

Eso era muy hermoso porque en ese tiempo yo estaba leyendo un libro sobre la vida de los sacerdotes que decía que había tres etapas en los sacerdotes, y creo que en los matrimonios pasa lo mismo. La etapa de la exuberancia, de la exaltación, del entusiasmo máximo. La etapa de la crisis, en la que estaba yo. Y la etapa de la sabiduría. El Padre Esteban era un hombre sabio.

Entonces, pregunta a los jóvenes por qué lo consideraban un hombre sabio. Por una razón: Él estaba traspasado por el Evangelio. El evangelio no era un barniz, era algo más profundo. Era una experiencia que le tocaba su vida y que se manifestaba en su manera de ser, de pensar, de escribir y en su manera de actuar. El padre Esteban se configuró con Cristo misericordioso.

En esos tiempos contaban que cuando había un almuerzo en la casa de los padres de los Sagrados Corazones que vivían cerca de aquí y tocaban el timbre, el primero en levantarse de la mesa era él para abrir la puerta.

Además, era un hombre que tenía mucha paciencia, es decir, un hombre que tenía una gran capacidad de escuchar. Y miren lo profético que fue él.

Hoy los jóvenes de lo que más se quejan es que están solos y que nadie los escucha. El Padre Esteban, así con su bastón y su poncho, escuchaba. Tal vez esta sea una de las acciones pastorales más urgentes que tenemos porque siempre nos hacen creer que somos mejores sacerdotes o mejores obispos si hacemos muchas cosas. Pareciera ser que ya no es tiempo de hacer cosas. Llegó el tiempo de escucharnos, de querernos y de respetarnos.

A propósito de que el Padre Esteban estaba siempre llano a abrir la puerta y a salir al encuentro del necesitado, me acordaba hoy día con tristeza, de un programa de la televisión que se llama "Ganar o servir". ¿Se acuerdan? Era un programa en el que pierde sirve, el que gana no sirve. El Padre Esteban lo entendió muy bien esto de ganar es servir porque entendió lo que es la vocación cristiana.

Una vocación cristiana es dar la vida por los demás. Es la vocación del que le lava los pies; toma la condición de esclavo y hace el trabajo del esclavo. Una persona que no tiene ninguna expectativa humana, sino que la expectativa de ser agradable a Dios.

Y lo más impresionante es que la lectura del Evangelio de este domingo lo representa de muy buena manera. Este es el evangelio del domingo cuando Jesús dice a sus discípulos: Yo los llamo servidores. Los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. Jesús nos recuerda en el evangelio que el Padre nos dice que demos la vida hasta el extremo, que nos que nos sentemos en el último lugar. Conseguimos todo lo que tenemos porque así ganaremos nuestra vida. Él se sintió elegido, pero no para sí mismo, Para los otros.

Ustedes no se imaginan el bien inmenso que hizo el Padre Esteban en la vida junto a otras personas de su época que marcaron mucho la Iglesia de Chile y que espero que la sigan marcando.

Hace dos semanas tuve la dicha de celebrar la misa por los 43 años de fallecimiento de Monseñor Enrique Alvear, que también está en un proceso de canonización. Doy gracias a Dios por él, por su vida. Tuve la alegría de conocer a Esteban, no así a Monseñor Alvear. Pero son personas que nos marcan, que nos dan un rumbo y lo único que hicieron fue dejarse interpelar por Jesucristo, abrir el corazón y la mente. Y de eso creo que todos los que estamos aquí hemos vivido.

Agradezco la presencia de familiares que hay aquí. Gracias también a los sacerdotes de los Sagrados Corazones que mantienen viva la llama del amor del Padre Esteban en cientos de obras sociales maravillosas.

Quisiera contar solo una. Yo vengo de Concepción y con la pandemia había muchas mujeres migrantes con niños. Fueron tiempos durísimos. Y la Parroquia de los Sagrados Corazones fue la primera en decir: la convertiremos en un albergue. Y fue hermoso tener durante dos años una iglesia, un verdadero templo. Un templo con mujeres solas, muchas de ellas abandonadas, y con sus pequeños hijos migrantes. Ahí, encontraron cariño, un plato de comida, seguridad para sus hijos. Y creo que todo eso habla de una congregación traspasada por el Espíritu de Jesucristo.

Al Señor le damos gloria por los siglos de los siglos. Amén.